



“VI. La multilingüe toponimia de México: sus estratos milenarios”

p. 171-206

Miguel León-Portilla

*Obras de Miguel León-Portilla*

*Tomo VI. Lingüística*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2010

340 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-53-1 (tomo VI, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-52-4 (tomo VI, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras\\_leon\\_portilla/545.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/545.html)

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## VI. LA MULTILINGUE TOPONIMIA DE MEXICO: SUS ESTRATOS MILENARIOS\*

### PRINCIPALES ESTRATOS TOPONÍMICOS

A una larga secuencia de gentes y culturas en el vasto territorio de México se debe la compleja toponimia que en él existe, expresada en múltiples lenguas del Nuevo y Viejo Mundo. Hasta ahora la mayoría de las investigaciones en torno a los nombres de lugar con que se designan ciudades, pueblos, ranchos, montañas, ríos y otros muchos accidentes en la geografía mexicana, se ha dirigido principalmente a esclarecer la significación de millares de topónimos indígenas, principalmente los que se conservan en náhuatl y maya. Existe así un cierto número de publicaciones, de muy desigual valor, en las que se ofrecen etimologías de nombres indígenas de lugar en determinadas regiones o estados. No hay, sin embargo, hasta donde he podido averiguarlo, algún trabajo en el que, tomándose en cuenta los varios horizontes prehistóricos e históricos con sus interrelaciones de lenguas y culturas, se intente hacer una especie de estratigrafía en el gran conjunto de los nombres de lugar que han tenido o tienen vigencia en México.

Mi intención es realizar un primer ensayo de descripción y delimitación de estratos en función del cual puedan caracterizarse los principales géneros o clases dentro de esa gran variedad de topónimos. Para encaminar este acercamiento, señalaré ya, con un enfoque diacrónico, cuáles son los principales estratos toponímicos que pienso pueden distinguirse:

1. El más antiguo estrato —por supuesto prehispanico— que cabe identificar se remonta en muchos casos hasta el segundo o tercer milenio a. C. Incluye nombres de lugar (algunos vigentes hasta hoy), expresados en más de cien lenguas indígenas que pertenecen a, por lo menos, siete grandes troncos lingüísticos.

\* Conferencia sustentada el día 18 de Junio de 1982 en el Centro de Estudios de Historia de México Conдумex, y publicada con el mismo título por este Centro en México, 1983.



2. Un segundo estrato, también prehispánico, está formado por la toponimia, que en muchos casos ha perdurado y que vino a superponerse en lengua náhuatl, como consecuencia de la penetración y establecimiento de diferentes grupos hablantes de este idioma. Data por lo menos de una época que coincide con los principios de la era cristiana. La toponimia nahua fue en algunos casos traducción de nombres de lugar preexistentes en otras lenguas. Pueden documentarse también casos de cambios, en que los más antiguos topónimos fueron sustituidos por los que impusieron los grupos dominantes. Este tipo de proceso en el que desempeñaron papel muy importante los nahuas, se dio también, aunque en menor escala, como consecuencia de expansiones de otras etnias indígenas que también alteraron la toponimia anterior a ellas.
3. La llegada de los españoles marca la aparición de un tercer estrato muy complejo que determinó, entre otros, los siguientes cambios:
  - a. Alteración de nombres indígenas de lugar en un gran número de lenguas. La presencia española afectó su pronunciación y su ulterior representación escrita.
  - b. Implantación de topónimos en los que se combinaron vocablos indígenas con otros procedentes de España.
  - c. Introducción de nombres de lugar que reproducen la toponimia, con diversos orígenes lingüísticos e históricos, de las diferentes regiones de España.
4. En la época cercana a la independencia de México (1810) existía ya una especie de mosaico toponímico, cuyos principales elementos son los siguientes:
  - a. Nombres de lugar que llamaremos hispánicos pero de múltiples orígenes, pre-romanos (incluyendo a los vascuences), romanos, germánico-góticos, arábigos y de origen estrictamente castellano.
  - b. Perduración de un considerable porcentaje de topónimos en náhuatl, solos o precedidos por un vocablo español, generalmente el nombre de un santo.
  - c. Perduración de otro gran conjunto de topónimos en distintos idiomas indígenas, de diferentes familias lingüísticas, acompañados o no de vocablos hispánicos.
5. La situación toponímica, sumamente heterogénea, que integra el estrato contemporáneo, comprende, además de muchos topóni-

mos que corresponden a los géneros que se acaban de describir, los siguientes:

- a. Casos en que se devuelve el topónimo indígena original a lugares o accidentes geográficos que habían recibido un nombre español.
- b. Topónimos que evocan los nombres de héroes locales o nacionales o de algún hecho significativo en la vida del país. En ocasiones la implantación de estos topónimos ha implicado la supresión de otros de orígenes muy diferentes.
- c. Nuevas formas de nombres de lugar en las que los vocablos de origen indígena e hispánico “se complementan” con el nombre de un héroe moderno o con alguna otra manera de referencia conmemorativa.

Por razones de espacio, en este intento de estratigrafía en la toponimia plurilingüe de México, me limitaré a describir sólo las principales clases a que he hecho referencia, con un enfoque diacrónico.

### *1. El más antiguo estrato: topónimos en lenguas indígenas de diversas familias*

Gracias a la rama de la lingüística que se conoce como glotocronología, resulta posible afirmar que, por lo menos desde el tercer milenio a. C., algunos grupos que hablaban idiomas pertenecientes a varias familias de los troncos macro-otomangue, hokano y macro-maya, habían penetrado ya en lo que hoy es territorio mexicano (Swadesh, 1960, 157-158). Para dar un ejemplo de la complejidad de las varias familias y sub-familias en que llegó a diferenciarse uno de esos troncos lingüísticos, describiré esquemáticamente el que se conoce como macro-mayense.

Abarca éste tres familias: la zoqueana, totonaca y mayense propiamente dicha. La zoqueana se subdivide en cinco idiomas distintos: popoloca, mixe, zoque propiamente dicho, tapachulteco y ahuacateco. A su vez la familia totonaca se divide en tepehua y totonaca propiamente dicho. La familia mayense comprende más de treinta idiomas diferentes, sin contar sus ramificaciones dialectales. Entre los idiomas mayenses más conocidos cabe recordar al maya de Yucatán, lacandón, mopán, itzá, chontal de Tabasco, tzeltal, tzotzil, tojolobal, mame, quiché, pocomán, kekchi, tzutujil, cakchiquel y otros de Chiapas y Guatemala, así como al huasteco que quedó separado del resto de las lenguas de esta familia y que se habla en el sur de Tamaulipas, norte veracruzano y parte de San Luis Potosí.

Los nombres de lugar más antiguos que pueden identificarse en México, fueron impuestos probablemente por gentes cuyas lenguas pertenecían a uno de estos grandes troncos lingüísticos: macro-mayense, macro-otomangue y hokano. Veamos algunos cuantos ejemplos. Los dos primeros que ofreceré provienen de la toponimia de la península de California y ambos están expresados en lengua cochimí, de la familia yumana peninsular, del tronco lingüístico hokano.

Uno de estos topónimos, a pesar de que tiene probablemente muchos siglos y tal vez milenios de antigüedad, se mantiene vivo hasta el presente. La única modificación que ha sufrido consiste en que, desde la primera mitad del siglo XVIII, los misioneros jesuitas le antepusieron el nombre del fundador de su orden religiosa, San Ignacio. El topónimo compuesto es “San Ignacio Cadaacamán” (*Kadaakamang*), nombre de un pintoresco oasis situado al norte de Baja California Sur, en el que abundan las palmeras y los viñedos. El significado de Cadaacamán nos es conocido: “Arroyo de carrizales” (León-Portilla, 1977, 22). El otro topónimo que citaré también como muestra, asimismo en lengua cochimí, se ha perdido y ha sido sustituido por una designación en español. Aplicado a la que hoy se conoce como Isla de Cedros, en el Océano Pacífico, cerca de la península de California, describía una característica meteorológica de la misma. El topónimo es Huamalhuá (*Wamalwah*), que significa “la neblinosa”, aludiendo a las brumas características de las costas del Pacífico que parecen envolverla. Cuando en 1539 el capitán Francisco de Ulloa, enviado por Hernán Cortés, descubrió esta isla, al ver que en sus montañas había pequeños bosques de cedros, le aplicó el nombre con que hasta hoy se conoce.

De la provincia de Oaxaca, en el sur de México, puede documentarse un considerable número de antiguos nombres de lugar en diversas lenguas como el zapoteco, mixteco, huave, trique, mazateco y otras que pertenecen al tronco macro-otomangue. Aun cuando, en muchos casos, a partir de los mapas que se elaboraron desde el siglo XVI, diversas localidades o accidentes geográficos de Oaxaca se conocen con topónimos en náhuatl, acompañados a veces de nombres de santos en castellano, la tradición local ha preservado las designaciones originales en la propia lengua, que se sigue hablando en cada uno de dichos lugares. Para conocer la antigüedad de tales designaciones se dispone en algunos casos del testimonio de varios libros indígenas, los llamados “códices”, en los que con escritura jeroglífica se hizo el registro de muchos topónimos. Tales nombres de lugar, así preservados y que pueden confrontarse con el testimonio de la tradición oral, los hallamos particularmente en códices hasta ahora conservados y conocidos como *Vindobonense*, *Bodley*, *Selden*, *Colombino*, *Nutall* y otros, todos procedentes de Oaxaca.

Del gran conjunto de topónimos mixtecos, citaré sólo unos pocos: *Ñuu sii to'o*, "Pueblo donde se originaron los gobernantes abuelos"; *Yucu yusi*, "Colina de la jolla de turquesa"; *Yodzo coo*, "Llanura de la serpiente"; *Ñuu sii que'a*, "El pueblo que dice mucho"; *Chiyo yuhu*, "Plataforma de la flor blanca con cuatro pétalos"; *Yucu dzaa*, "Colina del pájaro" (Smith, 1973, 65-67, 80-81).

Puede añadirse que, en varios de estos casos, los nombres en lengua náhuatl con que más frecuentemente se designan dichos lugares son traducción de lo expresado en lengua mixteca. Así, *Yodzo coo*, conocido en náhuatl como Coixtlahuaca, mantiene en ambos casos la significación de "Llanura de la serpiente". Otro tanto ocurre con *Yucu dzaa*, transformado en el náhuatl *Tototepec*, "Monte o colina del pájaro".

La toponimia que se impuso en lengua maya de la península yucateca ha perdurado con pocas alteraciones hasta el presente. Aunque se dejó sentir allí una cierta influencia procedente del altiplano central de México a lo largo del posclásico mesoamericano (siglos ■-xvi d.C.), ésta no alteró los topónimos mayas. Los cambios, limitados en número, provienen de los periodos colonial y moderno de México. Como muestras de este antiguo estrato de los nombres mayas de lugar citaré los siguientes: Cancaba (*K'ankaba'*), "Agua en tierra colorada"; Akil, "Lugar de bejucos"; Chanchah (*Chankah*), "Pueblo pequeño"; Chankom, "Barranco (hoyo) pequeño"; Cancún (*Kankum*), "Hoyo de la serpiente"; Petén, "llanura"; Tulum, "Muralla"; Yaxcah, "Primer pueblo"; Zacnicté, "Flor blanca".

Tanto en el caso de la toponimia maya, como en la que existe en otras lenguas mesoamericanas, es posible percibir la antigüedad de buen número de nombres de poblaciones o de accidentes geográficos acudiendo al testimonio de los jeroglíficos incluidos en los códices o en las inscripciones que se conservan en algunos monumentos. De esta suerte, los testimonios de la tradición prehispánica confirman el arraigo de tales topónimos. En el caso particular de los nombres de poblaciones del área mayense, puede decirse que no pocos sitios arqueológicos de Yucatán siguen siendo designados hasta ahora con los nombres con los que se mencionan en crónicas que, en ocasiones, se remontan hasta casi un milenio antes de la Conquista. Tal es el caso de los siguientes topónimos: Chichén Itzá, "En el borde del pozo de los itzaes"; Uxmal, "Tres veces"; Tzibilchaltun, "Piedra pintada"; Muna, "En el agua del ave moan" (Barrera Vázquez, 1980).

## 2. El estrato lingüístico nahua en la toponimia de México

La penetración de grupos procedentes de lo que hoy es el suroeste de los Estados Unidos, hablantes de diversas lenguas de filiación yuto-azteca,

marca la presencia de un estrato toponímico diferente. Yuto-aztecas como los pimas, pápagos, yaquis, mayos, tarahumaras, huarojios, tepehuanos, tepecanos, coras, huicholes y otros, se establecieron en el norte de México, a lo largo de las costas del Pacífico y de la Sierra Madre Occidental. A tales grupos se debe la gran mayoría de topónimos —con excepción de aquellos que fueron introducidos más tarde por los españoles— en el vasto territorio de los que hoy son los estados de Sonora, Chihuahua, Sinaloa, Coahuila, Nayarit y Durango. Dos géneros de ejemplos citaré: algunas toponimias en tarahumara y otras que son comunes al yaqui y su variante, la lengua mayo. De la geografía de los tarahumaras en Chihuahua proceden los siguientes ejemplos: Carichic, “En la casa”; Naráachi, “Lugar de llanto”; Huachochi, “Lugar de garzas”; Ruhuirichi, “Lugar de nopales” ... Como puede verse, todos estos topónimos incluyen una partícula o sufijo, *-chi*, que es un elemento morfémico que significa “lugar de...”. Este rasgo, o sea el incluir los varios topónimos de esta lengua una partícula de carácter locativo, es frecuente no sólo en el tarahumara sino en otras lenguas yuto-aztecas. En el caso de los nombres de lugar en yaqui y en mayo, encontramos con frecuencia la partícula *-po*, que significa también “en, donde...”. Algunos ejemplos de este género de nombres de lugar son los siguientes: Huatabampo, “En el agua del sauz”; BacoChibampo, “En el agua de las culebras”; Topolobampo, “En el agua del tigrillo” ...

Prominente, dentro del conjunto de los miembros de la familia lingüística yuto-azteca, fue el grupo de los que se expresaban en náhuatl. Puede afirmarse que hablantes de una forma más antigua de esta lengua, el náhaut, participaron en el florecimiento de la metrópoli de Teotihuacan hacia los siglos 4-5 d. C. (León-Portilla, 1972, 26-36). Debido a la influencia cultural y política de tales grupos teotihuacanos y más tarde por obra de la expansión de los toltecas y, desde el siglo xv, como resultado de conquistas llevadas a cabo por los mexicas o aztecas, muchas poblaciones, montañas, ríos y otros accidentes geográficos recibieron nombre en náhuatl.

De ello hay miles de muestras. Como ya se dijo al principio, existen numerosas publicaciones, de muy desigual valor, en las que se estudian los nombres nahuas de lugar de diversas regiones o estados del país. Aquí me limitaré tan sólo a unos pocos, particularmente significativos: Teotihuacan, “El lugar que tiene por propio transformarse uno en dios”; Tollan, “Lugar donde abundan las espadañas o carrizos”, que llegó a emplearse como sinónimo de cualquier gran centro urbano; México, que probablemente significa “En el ombligo de la luna”, y Guatemala, “En donde hay abundancia de árboles”. Como ya se mencionó, muchos nombres de lugar impuestos antes en lenguas como el otomí, mixteco, zapoteco, totonaco y otras, recibieron más tarde nueva designación en náhuatl. Ello se debió

a la expansión que ocurrió, en diversas épocas, de grupos hablantes de dicha lengua. En algunos casos los nuevos topónimos nahuas fueron una mera traducción de los antiguos en otras lenguas. De ello vimos algunos ejemplos en el caso de antiguos nombres de lugar en lengua mixteca. La mayor parte de esta toponimia nahua “de expansión” prevaleció a través de la cartografía de la documentación oficial en el periodo novohispano, y ha perdurado también en el México moderno.

Los topónimos nahuas están estructurados morfológicamente como formaciones locativas, al igual que los de otras lenguas yuto-aztecas como el tarahumara y el yaqui, y tienen con frecuencia un carácter descriptivo o son ricos en denotaciones culturales (León-Portilla, 1981, 7-58). Entre los conceptos que con más frecuencia se expresan en los locativos nahuas están los siguientes: descripciones de rasgos geográficos, elementos de la fauna y la flora, recordaciones de acontecimientos en el pasado, ideas religiosas y referencias a actividades artísticas o de carácter económico. Un grupo especial de nombres de lugar consigna fechas del calendario indígena. Estas fechas evocan el día de la fiesta de una determinada deidad. Para quien viaja por la vasta geografía de México es particularmente revelador de su rico pasado cultural leer y descifrar la significación de esta toponimia. Veamos unos cuantos ejemplos: Tepuzchiuhcan, “Donde el cobre es trabajado”; Chinconcuac, “En el lugar del día 7-Serpiente” (el día de la fiesta de la diosa del maíz); Chololan (Cholula), “Donde ocurrió la huida”; Tianguistenco, “En la orilla del mercado”; Tlacuilohcan, “Lugar de pintores”; Tlachco (Taxco), “En el juego de pelota”; Xochimilco, “En la sementera de flores”.

Al tiempo cercano y a la conquista española el estrato toponímico nahua se encontraba extendido en una amplia extensión del centro y sur del territorio mexicano. Prevalecían así los nombres en náhuatl en todas las áreas de asentamiento de hablantes de ésta que llegó a ser una especie de *lingua franca*. Pero además —debido al ya descrito proceso de sustitución o traducción de los más antiguos nombres en otros idiomas— la toponimia nahua abarcó otras muchas regiones en las que continuaban viviendo grupos lingüísticamente distintos pero a veces sometidos en diversas formas a los mexicas.

En forma global puede decirse que el estrato toponímico nahua llegó a hacerse presente en la vasta geografía de los que hoy son los estados de Puebla, Tlaxcala, Morelos, Hidalgo, México (incluyendo por supuesto al Distrito Federal), partes de Michoacán, Jalisco, Colima, Veracruz, Guerrero, Oaxaca, Tabasco y Chiapas. Aesto debe añadirse que, probablemente debido a penetraciones anteriores, como las de grupos pipiles (desde el colapso de Teotihuacan), otros muchos nombres de lugar en la variante náhuatl quedaron unidos a sitios de Veracruz, Tabasco, Chiapas y de regiones más



apartadas aún en Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y zonas limítrofes de Costa Rica.

Por lo demás, ampliando la denotación lingüística de este estrato, puede él relacionarse con la toponimia en otras lenguas yuto-aztecas como las ya mencionadas. Así cabe afirmar que en casi todo el noroeste de México y parte del actual suroeste de los Estados Unidos —con excepción de los enclaves hokanos de los seris en Sonora y de los yumanos en la desembocadura del Colorado y a lo largo de buena parte de Baja California— la presencia yuto-azteca dejó honda huella que hasta hoy perdura.

Tan sólo se escapan, bien sea de la influencia lingüística nahua o de la más genérica yuto-azteca, los ámbitos tarasco de Michoacán, centro-norte de México, noreste del país, así como las regiones típicamente mayas, la península yucateca, parte de las Huastecas y de Chiapas. En estos ámbitos geográficos los conquistadores españoles encontrarían una toponimia muy diferente. En Michoacán fue tarasca o *porhépecha*, a pesar de que el vocablo *Mich-hua-can* es nahua: “Donde hay pescado”. De lengua tarasca eran también algunas regiones colindantes en Guerrero, Querétaro, (“En el juego de pelota”) y Guanajuato (“Lugar de ranas”). Por lo que toca al noreste, poblado por bandas de recolectores y cazadores, principalmente hokanas y pamianas, los topónimos que pudieran atribuírseles se perdieron con la penetración española, iniciada desde el siglo XVI. De esta suerte, según veremos, los actuales estados de Tamaulipas, Nuevo León, la mayor parte de Coahuila y áreas colindantes de Zacatecas y San Luis Potosí, llegarían a tener una toponimia perteneciente, casi toda, a un nuevo estrato, el que corresponde a la colonización hispánica, y sólo en algunos casos darían entrada a nombres de lugar en náhuatl, debido a la presencia de indígenas nahuas, auxiliares de frailes y conquistadores.

### 3. *El estrato de la toponimia que comenzaron a imponer los españoles.*

Como había sucedido con la penetración de los pueblos nahuas, también la de los españoles —a partir de su desembarco en 1519— trajo muchos cambios en el ámbito de la cultura, incluyendo lo tocante a nombres de ciudades, pueblos, ríos, montañas, etcétera. En este campo comenzaron entonces a producirse diversos géneros de procesos. Aunque la mayoría de los topónimos indígenas —en particular aquellos expresados en náhuatl— habrían de subsistir, en cambio su pronunciación y grafía se vieron alteradas con el paso del tiempo. Así, por ejemplo, el vocablo Cuernavaca sustituyó al de Cuauhnáhuac, “El lugar rodeado de árboles”;



Churubusco a Huitzilopochco, “El lugar del dios Huitzilopochtli”; Orizaba a Ahuilizapan, “En las aguas alegres”.

En tanto que estos y otros nombres se vieron alterados, otros muchos perduraron sin cambio, aunque en múltiples casos se vieron enriquecidos o complementados de algún modo por obra del celo religioso de los frailes misioneros. A la mayoría de esos topónimos nativos se les antepuso a modo de prefijo el nombre de un santo cristiano, como San Martín Texmelucan, Santiago Tianquistenco, San Pablo Apetatitlán... En algunos casos los frailes sagazmente escogieron al santo más adecuado para sustituir con él a la deidad tutelar de una población o barrio determinado. El célebre franciscano Bernardino de Sahagún refiere cómo en el pueblo de Chiautempan, en Tlaxcala, la diosa madre, en su carácter de abuela, Cihlti, era adorada. La santa que allí se escogió para complementar el nombre del pueblo y convertirla en su patrona fue Santa Ana, la abuela de Jesús. En el pueblo de Tianquismanalco, en las faldas de los volcanes, en el valle de México, el dios Tezcatlipoca era adorado en aspecto de un joven. Allí el sustituto escogido fue San Juan Apóstol, también representado como un mancebo (Sahagún, 1956, III, 352-353). Hasta el presente, los dos mencionados pueblos se conocen como Santa Ana Chiautempan y San Juan Tianquismanalco.

Un proceso muy diferente de dar nombres a poblaciones y accidentes geográficos se desarrolló en la mitad norte de lo que hoy es México y en lo que actualmente se conoce como el suroeste de los Estados Unidos. En los casos en que existían algunas aldeas indígenas, en general se conservaron los topónimos nativos. Ya vimos algunas muestras de esto en el tarahumara de Chihuahua y el yaqui y mayo del ámbito de Sonora y Sinaloa. Pero en el caso de los nuevos establecimientos fundados por los españoles, correspondió a ellos darles nombre. Aunque más adelante se dirá algo sobre los diferentes géneros en que pueden distribuirse tales nombres de lugar de procedencia hispánica, vale la pena mencionar ya algunos, que por cierto son de particular interés: Compostela (en el actual estado de Nayarit, y que por breve lapso fue cabecera del reino de la Nueva Galicia); Guadalajara (fundada por Nuño Beltrán de Guzmán, que quiso así dar el nombre de la población en que había nacido a ese nuevo asentamiento); los de Sierra de Pinabete, Mesa de Estanzuela, Sierra de Bolaños, todos ellos en territorio de Jalisco, o algunos de los que hasta hoy subsisten en la geografía de Zacatecas y Durango: Jerez, Fresnillo, Saucedo de la Borda, Bajío de la Tesorera, Nombre de Dios, El Parral, Durango, Mal País de la Breña, Cuchillas de la Zarca...

Este proceso de imponer nombres, tomados de la geografía hispánica, a poblaciones y accidentes en las tierras que se fueron conquistando más allá de Mesoamérica, se había iniciado ya, aunque en menor grado, en el



centro y sur de México. El hecho de que ello ocurriera de manera bastante limitada en el ámbito mesoamericano propiamente dicho, se debió a que allí existían ya antiguos asentamientos con una toponimia muy arraigada y, por tanto, muy difícil de alterar. Fue sobre todo en los casos en que los españoles hicieron nuevas fundaciones, en el centro y sur de México, cuando impusieron los nombres que consideraron más adecuados. Ejemplos de ello son el de la Villa Rica de la Veracruz, así llamada porque el Viernes Santo de 1519, día de la crucifixión de Jesús, desembarcó allí Hernán Cortés. Para él, ese desembarco se hizo bajo la protección de la Vera Cruz, de aquel cuya muerte precisamente entonces se conmemoraba. Otro caso es el de la Puebla de los Ángeles —la moderna ciudad de Puebla— donde la palabra “puebla” significó que allí se hacía poblazón nueva, en este caso asentamiento destinado precisamente a españoles.

En tanto que en la mayor parte de Mesoamérica prevalecería la costumbre de conservar el nombre indígena, anteponiéndole el de su santo patrono, en los territorios norteros, según se mencionó ya, habría de duplicarse, en buena proporción, la toponimia de España. Entre los nombres que así comenzaron a darse a pueblos, ciudades, reales de minas, misiones y presidios o fuertes, hubo topónimos que tenían en última instancia su origen en los estratos toponímicos prerromanos (entre otros, vascuences), romano, germano-gótico, arábigo y estrictamente castellano.

Dentro de los nombres de lugar de origen prerromano que pasaron a formar parte de la toponimia de México, pueden mencionarse Salamanca (Guanajuato) y Camargo (Tamaulipas), al igual que muchos otros nombres de derivación vascuence, empleados para designar provincias como la de Nueva Vizcaya o ciudades, pueblos y accidentes geográficos. Entre otros pueden mencionarse los siguientes: Durango (capital que fue de la Nueva Vizcaya), Arizpe, en la provincia de Sonora, y Aramberri, Lequeitio, Mondolva y Múzquiz en la actual Coahuila.

Algunos pocos nombres de lugar impuestos por los romanos en Hispania vinieron también a difundirse en México: Medellín de Veracruz (derivado de Metellina Caecilia, Medellín de Extremadura, España), Mérida de Yucatán (de Emerita Augusta, Mérida de Extremadura en España), Laredo en Tamaulipas (de Lauretum, Laredo en Cantabria).

También unos cuantos topónimos de origen germano-gótico llegaron a México, como Burgos, dado a un pueblo y a un río en Tamaulipas.

Nombres árabes de lugar, existentes en España, se reprodujeron también en estas tierras: el tan frecuente de Guadalupe, el de la prominente Guadalajara, el del pueblo y la sierra de Guadalcázar en San Luis Potosí, y el del río Guadiana en el actual estado de Durango.

Por supuesto que fueron mucho más abundantes los nombres de lugar de origen estrictamente castellano. La lista incluye los nombres de cerca de la tercera parte de los actuales estados mexicanos y de millares de pueblos, aldeas, ciudades, ríos, montañas y otros accidentes. Estados mexicanos con nombres que, de un modo o de otro, tienen origen castellano son los siguientes: Aguascalientes, Baja California Norte y Sur, Guerrero, Hidalgo y Morelos (estos tres debido a los apellidos castellanos de tres héroes de la independencia), Nuevo León, Puebla, San Luis Potosí (región que se incorporó el topónimo quechua de Potosí por razón de su riqueza mineral) y Veracruz. Un tanto curioso es que una de las dos entidades —antiguos territorios federales— que más recientemente adquirieron el rango de estados, ostenta el nombre, también hispánico, pero vascuence, de otro héroe de la independencia, Quintana Roo. Entre las antiguas provincias que recibieron el nombre de reinos y cuya capital tuvo también un topónimo castellano, sobresale Nuevo León con su metrópoli Monterrey. De la misma provincia pueden citarse Cerralvo, Vallecillos, Lampazos, Cerro de la Silla, Río Sabinas...

Caso muy interesante lo ofrece la que fue originalmente provincia o reino del Nuevo Santander y que actualmente lleva el nombre de Tamaulipas, derivado éste de un antiguo vocablo maya-huasteco, *Tamaholipa*. En la amplia extensión de este estado, casi 80 000 km<sup>2</sup>, se duplican muchos de los topónimos de la provincia española de Santander, que por cierto a últimas fechas ha cambiado su nombre por el de Cantabria. Muchos de los colonos que se establecieron en el Nuevo Santander procedían de esa provincia norteña de España. Recordemos al menos algunos de esos nombres: Altamira, Soto la Marina, Reynosa, Santander, Laredo, Camargo... Pocos nombres indígenas de lugar, de los grupos que originalmente allí vivían, han sobrevivido en Tamaulipas. Como ya se señaló antes, ello se explica por la baja densidad demográfica de las bandas de recolectores y cazadores que, o se mezclaron con los españoles y los indígenas nahuas que allí fueron llevados, o simplemente desaparecieron.

#### *4. Mezcla de estratos toponímicos, consecuencia de siglos, al tiempo de la independencia de México (1810)*

Al iniciarse el movimiento de independencia, la toponimia del país incluía nombres que pertenecían a estratos muy diferentes y que tenían orígenes también muy distintos. Por una parte subsistían muchos



de los topónimos indígenas, expresados en lenguas de diferentes familias, pero particularmente en náhuatl. Como ya vimos, muchos de esos nombres de lugar habían recibido, como una especie de prefijo recurrente, el nombre de un santo. Por otro lado estaba la también ya muy arraigada toponimia, réplica de la de España, y que incluía nombres prerromanos, vascos, romanos, germano-godos, árabes y estrictamente castellanos.

A este gran conjunto de nombres de lugar hay que añadir todavía algunos con procedencias muy diferentes. Unos pocos se introdujeron como consecuencia de la importación de esclavos desde África. Los de dos lugares, cerca del puerto de Veracruz, parecen tener un semejante origen: Mocambo y Mandinga.

También vinieron a adherirse a la realidad geográfica de México en la época colonial algunos pocos nombres de origen inglés, debido sobre todo a exploraciones llevadas a cabo por marinos de tal nacionalidad a lo largo de las costas del Pacífico. Dado que varios quedaron consignados en la cartografía de la época, alcanzaron a preservarse. Un ejemplo nos lo da el que se conoce como Cabo Colnett (escrito a veces Cabo Colonet), en el norte de la Baja California, así registrado en recordación del capitán James Colnett, en algunas de las cartas elaboradas por el célebre George Vancouver.

Como puede verse, el legado toponímico que recibió México al alcanzar su independencia era en extremo variado. Ahora bien, quienes se habían emancipado experimentaron, como una especie de imperiosa necesidad, la urgencia de modificar o cambiar no pocos de esos nombres. Tal actitud, de índole nacionalista, llevaría a restaurar topónimos de origen indígena a expensas de otros de procedencia española. El más obvio de todos los cambios fue el de dar por nombre al país el de México, en sustitución del que tenía, de Nueva España. Otro tanto ocurrió con algunas de las provincias que se transformaron en estados: la Nueva Extremadura vino a ser Coahuila; Nuevo Santander pasó a ser conocido como Tamaulipas; Nueva Galicia sustituyó su nombre por el de Jalisco; Antequera se conoció como Oaxaca.

Durante bastante tiempo —quizás las mismas luchas intestinas y las guerras extranjeras coadyuvaron a ello—, los cambios se limitaron a designaciones dentro de la que puede llamarse toponimia mayor. Alteraciones más amplias iban a introducirse mucho más tarde. Así llegó a desarrollarse una especie de nuevo estrato, a partir de la época del gobierno de Porfirio Díaz y, en grado mucho más intenso, en el periodo que siguió a 1910. Aludiré esquemáticamente a lo que ocurrió entonces con la toponimia de México.

### 5. La toponimia prevalente en el México moderno

Desde antes del gobierno de Porfirio Díaz se produjeron algunos pocos cambios de considerable importancia: Valladolid, capital del antiguo reino de Michoacán, recibió el nombre de Morelia, en honor de José María Morelos, que había nacido allí. Al crearse tres nuevos estados (a expensas de lo que había sido el gran Estado de México), recibieron éstos los nombres de otros tantos héroes de la independencia: Hidalgo, Guerrero y Morelos. Pero fue, según ya se dijo, a partir del régimen del presidente Díaz, sobre todo hacia fines del siglo XIX, cuando comenzaron a multiplicarse los cambios, entre otras cosas para honrar así a otras figuras de significación local o nacional.

Veamos algunas muestras: la ciudad de El Paso del Norte —nombre que tenía la antigua misión y presidio situada en la margen derecha del río Bravo o Grande— recibió oficialmente la designación de Ciudad Juárez. En gran número de casos las palabras ciudad y villa sirvieron a modo de prefijos que habrían de verse acompañados con otros nombres de diversos héroes: Ciudad Altamirano (en vez de Pungarabato), Ciudad Guzmán (Zapotlán), Ciudad Hidalgo (Tajimaroa)...

Otro género de topónimos, digno de especial mención, lo constituyen los de estructuración híbrida náhuatl-castellana. Ejemplos de ellos son Hidalgotitlán y Minatitlán, al sur de Veracruz, acuñados para honrar al padre de la patria y al navarro que se sumó a la causa de la independencia de México, Francisco Javier Mina. Topónimo de formación semejante es Polotitlán de la Ilustración, en el Estado de México. Al establecerse miembros de una familia Polo en el sitio donde existía antes una pequeña ranchería (San Antonio del Llano), se cambió el nombre por el de Polotitlán, “Lugar de los Polo”.

Consumada la Revolución de 1910, nuevas formas de enfrentamientos entre el Estado y la Iglesia trajeron consigo la supresión de muchos nombres de santos y diversas alteraciones en la toponimia, algunas de ellas casi inverosímiles. Vale la pena citar al menos dos ejemplos: la Villa de Guadalupe —el centro de máxima atracción religiosa en el país— fue laicamente rebautizada con el nombre de un personaje secundario de la Revolución y que nada tenía que ver con dicho lugar. Así oficialmente se conoció como Villa Gustavo A. Madero, nombre que, por cierto, jamás alcanzó a tener arraigo popular alguno. El otro ejemplo es el de la Villa de San Ángel, que se cambió por el nombre de Villa Álvaro Obregón, en este caso para evocar el lamentable suceso del asesinato de que fue allí objeto este personaje revolucionario. En general, los sucesivos gobiernos, de un modo o de otro vinculados con la Revolución de 1910, continuaron introduciendo cambios en los nombres de lugar, sobre todo para honrar a hombres que se distinguieron en la lucha armada o en las ulteriores etapas



de consolidación política. Ejemplos de esto son Ciudad Serdán, en el Estado de Puebla (la antigua San Andrés Chalchicomula), así rebautizada en honor de Aquiles Serdán, iniciador de la Revolución; Ciudad Obregón (antes Cajeme) en Sonora: Villa Escalante, en vez del tradicional nombre de Santa Clara del Cobre, en Michoacán. En ocasiones, sin anteponer las palabras “ciudad” o “villa” se ha impuesto el sólo nombre y apellido de un determinado personaje. Tal es el caso de Venustiano Carranza, designación que ostentan en forma repetitiva varias poblaciones y municipios situados en Chiapas, Puebla, Michoacán y Jalisco.

En contraste con la tendencia a suprimir o alterar una toponimia hondamente enraizada, comenzó también a desarrollarse un nuevo género de nombres de lugar. Aunque a algunos pueda parecer en cierto modo extraño, no pocos topónimos, bien sea de origen indígena o español, se vieron complementados con otro nombre, el de un héroe moderno o con otro vocablo para hacer una referencia conmemorativa. De esta suerte la toponimia oficial de México incluye algunas designaciones formadas a veces por dos y aun por tres palabras que, conjuntamente, integran el nombre de un solo lugar. He aquí algunos ejemplos: San Bartolo Naucalpan de Juárez. Naucalpan, “En las cuatro casas”, voz nahua, es la designación más antigua. San Bartolo (San Bartolomé) es el nombre del santo patrono, adjudicado por los frailes misioneros. Juárez constituye obviamente una forma más de evocación del presidente de origen zapoteca, don Benito. Otro ejemplo: San Cristóbal Ecatepec de Morelos. En él, Ecatepec, “En la montaña del viento”, estaba ya acompañado del santo patrono, San Cristóbal. Más tarde se añadió “de Morelos” para recordar que en ese lugar fue ejecutado este héroe al tiempo de la revolución de independencia. Lo interesante de estos topónimos es que en ellos se conmemoran, de un modo o de otro, acontecimientos o personas que guardan relación con los tres periodos que integran la historia de México: su pasado indígena, su herencia española y la época moderna de su vida independiente. Podría decirse que así todos los antecedentes de la gran familia que es México son objeto de reconocimiento.

A modo de curiosidad cabe recordar otro caso, paralelo por su estructuración con tres vocablos, pero en realidad muy distinto. Me refiero al pueblo, hoy incorporado a la ciudad de México, que ostenta el nombre de San Jerónimo Aculco Lídice. Una vez más, a los nombres hispánico y náhuatl acompaña otro, pero esta vez no de un héroe sino un topónimo, nada menos que de Checoslovaquia, un lugar al norte de Praga, San Jerónimo Aculco hizo suyo el nombre de Lídice como recordación permanente de la violenta destrucción del poblado checoslovaco por la barbarie nazi.

Formas como ésta de “complementación” tienen entre otras cosas el mérito de que no borran la antigua toponimia sino que en cierto modo la refuerzan. Ha habido, en cambio, otros muchos casos en que las autoridades locales, estatales o federales, lejos de atender, como sería su obligación, a la preservación del legado histórico del país, han cambiado arbitrariamente nombres de lugar de muy hondo arraigo y ricos en significación cultural. Muestras en verdad lamentables, de alteraciones que suprimen antiguas referencias históricas, son las siguientes en la toponimia menor de la ciudad de México: Nonoalco, vocablo náhuatl que evocaba un viejo asentamiento prehispánico y que había subsistido como nombre de una avenida, ha sido borrado para introducir el de Flores Magón, jefe de una facción revolucionaria; los de Santa María la Redonda (que recordaba uno de los antiguos barrios de la ciudad), San Juan de Letrán y Niño Perdido (también de muy antigua implantación), sin consulta popular o erudita, quedaron suprimidos, como si para honrar la memoria de Lázaro Cárdenas, fuera necesario lesionar los testimonios de nuestra historia. A todas luces en una ciudad tan grande como la de México hay muchas nuevas colonias, barrios, plazas, y avenidas que podrían llevar su nombre.

Y otro tanto debe decirse en lo que toca a la toponimia en la vasta geografía de México. Absurdo es alterar los nombres de lugar ya existentes, cuando hay nuevos centros de población que pueden ser bautizados como parezca más conveniente. Ejemplo de aberración ha sido el intento de cambiar el nombre al pueblo de Algodones, en Baja California Norte, por cierto el más septentrional de la República Mexicana, que evocaba la introducción de ese cultivo en el gran Valle de Mexicali. Y lo peor es que en el propuesto cambio había radical carencia de imaginación. El topónimo sustituto fue el de Villa Guerrero, como si no hubiera ya otras muchas poblaciones y aun un estado con el nombre de dicho héroe de la independencia.

Un estudio mucho más amplio que éste, que tenga como propósito abarcar y describir los diversos estratos sobre los que descansa la actual toponimia de este país, deberá atender a otras muchas clases y subclases de topónimos. El presente ensayo está concebido como una mera introducción preliminar a un tema de enorme interés. Recordemos que en la geografía de México perviven topónimos que son testimonio de la presencia de muchos grandes pueblos y culturas, tanto del Nuevo como del Viejo Mundo.

#### LOS GLIFOS TOPONÍMICOS EN LA HISTORIA DE MESOAMÉRICA (SIGLOS III A. C.-XVI D. C.)

Consta por varios hallazgos arqueológicos que en Mesoamérica se habían desarrollado formas de escritura por lo menos desde mediados del primer



milenio a. C. Sobresalen en este contexto las inscripciones, tanto calendáricas como de otros contenidos, en las estelas de “los danzantes” (hacia 600-300 a. C.) en Monte Albán I, Oaxaca, época que coincide con la fase final del florecimiento olmeca.

Ahora bien, la invención de un calendario y de un complejo sistema de inscripciones jeroglíficas presupone largos procesos de observación astronómica y de tanteos hasta lograr un sistema de representación de los números, los periodos de tiempo y otros conceptos. En tal sentido los orígenes del calendario y la escritura en Mesoamérica se remontan a una etapa todavía más antigua. Si ésta no ha podido precisarse, cabe afirmar al menos que en las mencionadas inscripciones que acompañan a “los danzantes” están los primeros testimonios que se conocen — anteriores, en varios siglos, a la era cristiana— de una escritura en el Nuevo Mundo.

#### *Los topónimos zapotecas de Monte Alban II*

En otro conjunto de inscripciones, pertenecientes a la que se ha descrito como etapa de Monte Albán II (300-100 a. C.), aparecen, por vez primera en Mesoamérica, anotaciones glíficas en las que, entre otras cosas, se consignan nombres de lugar. Con tales glifos toponímicos se inició — hasta donde podemos saberlo— el registro de los nombres propios de lugar en territorio de lo que hoy es México.

Como lo mostró el erudito investigador de las culturas indígenas de Oaxaca, don Alfonso Caso, en varias lápidas del montículo J, en Monte Albán II, hay numerosas inscripciones en las que destaca un glifo de carácter locativo. Es este “el glifo del cerro”. El mismo Caso lo describe así:

El glifo consiste en una figura como basamento, de dos cuerpos, decorada interiormente con dos fajas transversales, juntas o separadas por un espacio, que van siempre de derecha a izquierda y de arriba a abajo. A veces, a los lados de estas fajas, hay la representación de dos adornos de jade, formados por dos cuentas o por una cuenta y una placa en forma de trapecio. Sólo en un caso (lápida 44) parece que dentro del glifo del cerro se incluyó el nombre jeroglífico del lugar [...].<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Alfonso Caso, “Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán”, en *Obras Completas* de Miguel Othón de Mendizábal, t. I, p. 115-143, México, 1946, p. 134.

Efectivamente, en la mayor parte de las inscripciones en que se mira el glifo del cerro, se halla éste como elemento “base” sobre el cual descansan otros varios caracteres glíficos que precisamente denotan estilizadamente, o como ideogramas, el nombre del lugar cuyo registro se consigna. En ocasiones esos elementos glíficos superpuestos se estructuran en torno a un rostro humano o a la cabeza de distintos animales o de determinados objetos o en función de representaciones que parecen ser símbolos del agua, armas, vegetales, en particular flores, etcétera. De hecho, en los casos en que se presenta el glifo del cerro éste aparece siempre en composición con otros elementos como los aquí mencionados (ver lámina 1). Es asimismo digno de notarse que, en muchos casos, de la parte inferior del glifo del cerro se desprende un rostro humano, cabeza abajo, con su correspondiente tocado y otros atavíos signos de su identidad. Tal complemento del glifo del cerro se ha interpretado como indicador del gobernante del lugar que fue conquistado por los de Monte Albán.

De grande interés ha sido la identificación de este “glifo del cerro” de carácter locativo. Con variantes, pero siendo sustancialmente igual la referencia ideográfica al cerro o monte, este glifo perduró a todo lo largo de la historia mesoamericana e incluso sobrevivió a la Conquista, como lo prueban múltiples inscripciones en monumentos, códices prehispánicos y también en varios manuscritos coloniales de los siglos XVI y XVII. Dicho glifo, muy empleado en Monte Albán II (300-100 a. C.) y quizás ya en Monte Albán I (600-300 a. C.), fue inventado probablemente por sacerdotes y sabios de filiación lingüística zapoteca (ver lámina 1). De ellos lo recibieron más tarde los mixtecos y de éstos los nahuas. Entre los nahuas justamente la expresión *oltépetl*, compuesta de *otl*, “agua” y *tépetl*, “monte”, connotó metafóricamente la idea de “asentamiento humano, pueblo”. De esta suerte la semántica del náhuatl coincidió en esto con la connotación del antiguo glifo del cerro.

En varias lápidas del montículo J de Monte Albán II, hay asimismo otro género de inscripciones de carácter toponímico. En vez del glifo del cerro, aparece en ellas otro elemento, también especie de “base”, que en ocasiones está acompañado por la estilización de una mano que, como en el caso de la escritura maya, connota probablemente la idea de acción. De ser esto así, en estos glifos toponímicos el elemento con la mano expresó la idea de “lugar donde aconteció, o se produjo talo cual cosa...”. Sobre el elemento “base” algunas representaciones son de carácter ideográfico, otras constituyen estilizaciones de determinados objetos. Así, por ejemplo, hay glifos en los que sobre el elemento “base” se mira un rostro humano acompañado de dos banderas o un ave o una planta, etcétera (ver lámina 2).



*Los glifos “emblema” de los mayas clásicos*

Antes de atender a la forma como los mixtecos y nahuas asimilaron este rasgo cultural de consignar en inscripciones los nombres de lugar, señalaré al menos la que parece haber sido una forma de tradición diferente, en el ámbito de los mayas. Aunque es cierto que hasta ahora sólo en grado muy limitado ha podido descifrarse la escritura maya, hay entre los glifos cuyo significado se ha logrado identificar algunos que se relacionan de algún modo con el tema de la toponimia. Son estos los que se han descrito como “jeroglíficos emblema”. Según lo ha expresado Thomas S. Barthel:

Se trata de signos principales, individuales, para centros ceremoniales muy determinados, que por regla se encuentran únicamente allí o en sitios vecinos, aclopadados a afijos generales, que por regla pueden ser comprobados en toda la zona de las áreas clásicas del sur.<sup>2</sup>

Entre los “jeroglíficos emblema” que han sido estudiados, están los que corresponden a sitios tan importantes como Tikal, Copán, Palenque, Piedras Negras, Yaxchilán, Quiriguá, Naranjo y Seibal. Aquí nos fijaremos sólo en los que corresponden a dos importantes centros en territorio de Chiapas, los de Palenque y Yaxchilán. Con el primero de estos centros se relacionan tres “jeroglíficos emblema” que habían sido ya registrados por Thompson como presentes en varias inscripciones palencanas. Resumiendo lo expuesto por Barthel y otros investigadores, puede decirse que de la interpretación o “lectura” de los tres glifos emblema de Palenque se desprende un complejo de significaciones relacionadas con la simbología del inframundo y la muerte:

El examen de los diferentes signos principales “emblema” de Palenque da una marcada temática sobre el inframundo. Comparado con el emblema de “nubes de lluvia” de Copán, se distingue aquí una conexión con la visión cósmica opuesta. Donde Copán se identifica por su signo principal emblema como vinculada al cielo y a la vida, Palenque se presenta epigráficamente a favor del inframundo y de la muerte. Palenque y Copán, situados en los flancos extremos de la cultura clásica de las tierras bajas, se encuentran, a consecuencia de estos simbolismos de los emblemas recién descifrados, opuestos polarmente como “abajo” y “arriba” a lo largo de un

<sup>2</sup> Thomas S. Barthel, “El complejo emblema”, en *Estudios de Cultura Maya*, Universidad Nacional Autónoma de México, v. VII, p. 159.

eje que va, del noreste al suroeste, colindando los extremos en las costas del Golfo de México y del Golfo de Honduras.<sup>3</sup>

En lo que toca a Yaxchilán, corresponde a él un emblema jeroglífico doble. Ostenta éste las connotaciones del signo del cielo, con la calificación de “cielo rasgado”, es decir del que va a desprenderse la lluvia y, en su segundo signo, el del disco del jade, evocación de agua preciosa o divina<sup>4</sup> (ver lámina 3).

Aun cuando el estudio de los “jeroglíficos emblema”, y en general el del contenido de las inscripciones mayas podrá revelar significaciones que hasta ahora permanecen en la oscuridad, es ya de gran interés percatarse de que en el ámbito mayense existió un sistema muy diferente para hacer referencia locativa a centros determinados. Lo que llamaríamos la toponimia original de este pueblo parece caracterizarse por sus complejas relaciones con diferentes aspectos de su visión del mundo.

#### *Nombres de lugar en Xochicalco*

Volviendo ya la atención a las inscripciones toponímicas de mixtecas y nahuas, es necesario repetir que en ellas es visible la influencia recibida de la cultura de Monte Albán. En este sumario acercamiento nos fijaremos primeramente en inscripciones que proceden de una zona arqueológica, la de Xochicalco, en la que parecen haber convergido rasgos de varios contextos culturales de Mesoamérica. Entre otras cosas se han descubierto en Xochicalco varias estelas, finamente labradas, en las que se inscribieron glifos, algunos de ellos calendáricos y toponímicos.

En las tres estelas descubiertas se observa una cierta simetría. Así, en el que puede considerarse como lado principal de ellas, el elemento más sobresaliente es el rostro de una deidad. Sobre ella se inscribe un glifo calendárico de grandes proporciones. A su vez en los dos costados de las tres estelas ocupan lugar primordial las anotaciones asimismo calendáricas. En cambio, en la cara posterior de estas estelas es donde aparecen los glifos toponímicos (ver lámina 4). Circunscribiéndonos a ellos, cabe resaltar que en las estelas 1 y 3 aparece como indicador locativo una estera (*pétlatl*) sobre la que descansan dos pies. Tal elemento base puede denotar un sitio donde se ejerce el poder. Recordemos que el difrasismo náhuatl *pétlatl e icpalli*

<sup>3</sup> Thomas S. Barthel, *op. cit.*, p. 176-177.

<sup>4</sup> Thomas S. Barthel, *op. cit.*, p. 178.

“equipal”, silla) es evocación del mando o del que gobierna. En este caso los pies sobre el *péltatl* indicarían precisamente que alguien está sentado o reposa sobre la estera. Encima de este elemento base (estera-pies), en la parte superior de las estelas 1 y 3, se levanta un templo. En el primer caso con una flecha en su interior, y en el segundo con un objeto no identificable debido a estar dañada la estela 3 en esa parte de ella. El primero de los topónimos podría leerse como “En el lugar donde impera el culto de la deidad simbolizada por la flecha que desciende”. El segundo topónimo, debido al daño que ostenta el glifo, tan sólo puede “leerse” parcialmente: “En el lugar donde impera el culto de...”

Además de estos glifos toponímicos, hay otros, también de carácter locativo, en las tres estelas. Nuevamente aparece el elemento base “estera-pies” en las estelas 1 y 3. Sobre él se inscriben fechas: en el primer caso 5-Caña, y en el segundo 11-Caña. Obviamente se trata de topónimos en los que se está evocando algo particularmente significativo por medio de una referencia calendárica. ¿Podría pensarse que —como ocurrió más tarde entre los mexicas—, esas fechas en los nombres de lugar denotan nombres calendáricos de dioses? Recordemos, como muestra, los de *Ome-toch-co* (Ometusco), “En el sitio de Dos-Conejo” (uno de los dioses del pulque) o *Chiconcua-c*, “En el sitio de Siete-Serpiente (la diosa del maíz).

En el caso de la estela 2 hay dos topónimos estructurados sobre un elemento base formado por una representación estilizada del glifo del cerro a la antigua manera de Monte Albán II. A ambos lados del glifo aparecen los conocidos dos pies. Encima del primero de estos topónimos se mira la cabeza de lo que parece ser un *cozcacuauhtli*, “águila de collar” (ver lámina 4).

La finura en el tallado de las inscripciones en estas estelas de Xochicalco —portadoras, entre otros elementos, de glifos toponímicos y de anotaciones calendáricas y religiosas— denota la importancia que, sin solución de continuidad, se concedió en Mesoamérica al registro preciso de tiempos y lugares en estrecha función, sin duda, de su visión del mundo y de sus intereses religiosos y de índole política (sitios de mando, lugares conquistados...).

### *Topónimos mixtecas*

Herederos muy cercanos de la antigua cultura zapoteca fueron los mixtecas. De ello ha descubierto numerosas pruebas la arqueología. En lo que aquí nos interesa —la representación glífica de nombres de lugar— la vinculación cultural es manifiesta. Así, tanto en inscripciones como en el conjunto de

códices mixtecos prehispánicos y coloniales, hay muchos casos en que glifos de Monte Albán reaparecen para estructurar topónimos mixtecos.

El glifo del cerro se mira con frecuencia, aunque estilizado ya en una forma que se asemeja más al *tépetl* (monte) de los manuscritos nahuas. Sobre él, y también encima de otros “elementos base”, se inscriben caracteres, a veces pictográficos y, otras, ideográficos y aun parcialmente fonéticos (ver lámina 5). La investigadora Mary Elizabeth Smith ha hecho un catálogo de los elementos base más frecuentes en los topónimos mixtecos. Entre ellos están el ya citado glifo del cerro (*yucu*); el del “campo”, “valle” o “llanura” (*yodzo*), representado por una especie de estera rectangular formada con plumas de varios colores y unidas en bandas verticales; el de “lugar donde algo existe” (pueblo, *ñuu*), simbolizado por un friso rectangular con dibujo interior, al modo de las grecas escalonadas; el de “río”, cuyo signo es un corte transversal de una corriente de agua (*yuta*), así como otros varios más (ver lámina 7).

Los elementos inscritos sobre tales bases, que denotan significación locativa, son en extremo variados: flores y plantas, casas y templos, rostros, ojos, solos o en combinación con otros signos. Muchas veces tales estructuraciones glíficas constituyen verdaderos logogramas que, como lo ha señalado Mary Elizabeth Smith: “sólo pueden entenderse hasta que sus motivos pictográficos específicos se asocian con determinadas palabras de la lengua mixteca”.<sup>5</sup>

Para quienes han expresado dudas acerca del origen básicamente prehispánico de los glifos toponímicos que aparecen en manuscritos nahuas elaborados poco después de la Conquista, como la *Tira de la peregrinación*, la *Matrícula de Tributos* y el *Códice Mendoza*, la existencia de estas representaciones de nombres de lugar en los códices mixtecos prehispánicos (*Selden*, *Bodley*, *Colombino*, *Vindobonense* y otros), es argumento definitivo que muestra que existió una muy antigua tradición mesoamericana de escritura fonético-ideo-pictográfica.

### *Toponimia nahua*

Es cierto que el número de representaciones glíficas de topónimos nahuas, incluidos en inscripciones o códices netamente prehispánicos, es bastante limitado. Ello, sin embargo, no parece que se deba a la inexistencia de tales for-

<sup>5</sup> Mary Elizabeth Smith, *Picture Writing from Ancient Southern Mexico. Mixtec Place Signs and Maps*, Norman, University of Oklahoma Press, 1973, p. 22.



mas de escritura sino sobre todo a la pérdida y destrucción de la mayor parte de los antiguos libros e inscripciones. A pesar de esto se conoce un cierto número de topónimos nahuas inscritos en monumentos prehispánicos. Sobresale en este contexto la llamada “Piedra de Tízoc”. En ella se registran los nombres de los lugares que conquistó dicho gobernante mexica (ver lámina 6).

Debemos a don Manuel Orozco y Berra uno de los mejores estudios analíticos de estos glifos.<sup>6</sup> Como ya él lo notó y lo han confirmado otros estudiosos, como Henry B. Nicholson,<sup>7</sup> entre los más de veinte grafemas que, de un modo o de otro, se incluyen en tales topónimos, la mayoría son de carácter ideográfico. En mucho menor número hay algunos fonéticos: los del fonema *a* (simbolizado por el grafema de atl, “agua”) y el de la sílaba *Chal-* (simbolizado por la figura de *chal-chihuitl*, “jade”; ver lámina 6, figuras *d* y *f*).

Reconociendo que, a pesar de lo limitado de los ejemplos conocidos anteriores a la Conquista, la glífica de los nombres nahuas de lugar se deriva de una muy antigua tradición cultural prehispánica, puede valorarse más adecuadamente el muy grande conjunto de los topónimos que aparecen en los códices y otros muchos manuscritos del siglo *xvi*. En ellos se conserva un caudal de registros toponímicos de enorme interés y que sólo en parte ha sido estudiado, desde Aubin (1849), Orozco y Berra (1877), Peñafiel (1885, 1897) y Seler (1902), hasta los trabajos más recientes de Barlow (1949a y 1949b), Dibble (1940, 1960, 1971), Novotny (1959, 1963, 1967), Nicholson (1961, 1962, 1973), Prem (1970, 1971) y León-Portilla (1981).

A la par que es necesario ampliar lo hasta ahora alcanzado en esta materia, debe también destacarse la importancia de los estudios comparativos entre la glífica de los topónimos de varias áreas de Mesoamérica. De modo especial ello interesa respecto de las toponimias mixtecas y nahuas. Como muestra ofrezco un conjunto de glifos de connotación locativa (“elementos base”) en los registros de nombres de lugar de mixtecas y nahuas (ver lámina 7). Dato interesante es el hecho de que muchos topónimos mixtecas fueron traducidos al náhuatl en diversas épocas. Consecuencia de ello es que, en múltiples casos, se registren en los mapas y en la toponimia oficial los nombres nahuas, en tanto que el empleo de los mixtecas ha quedado restringido al ámbito local. Ahora bien, en lo que se refiere a la representación glífica, es altamente probable que en los

<sup>6</sup> Manuel Orozco y Berra, “El *cuauhxicalli* de Tízoc”, en *Anales del Museo Nacional de México*, México, vol. I, 1877, p. 3-39.

<sup>7</sup> Henry B. Nicholson, “Phoneticism in the Late Pre-Hispanic Central Mexican Writing System”, *Mesoamerican Writing Systems* (Elizabeth P. Benson, ed.), Washington, D. C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1973, p. 3-7.

tiempos anteriores a la Conquista, los pictogramas e ideogramas fueran “leídos” indistintamente en náhuatl o en mixteco. Así, por ejemplo, el glifo del cerro y sobre él un ave, se leía en náhuatl *Tututepec* y en mixteco *Yucu dzaa*, con idéntica significación: “En el cerro del pájaro”. Tal vez por esta necesidad de una interpretación bilingüe o plurilingüe, el empleo de grafemas fonéticos fue mucho menor que el de los pictográficos e ideográficos.

En cambio, en el caso de los topónimos referentes a lugares habitados básicamente por hablantes de náhuatl, es más frecuente la combinación de elementos fonético-ideo-pictográfico (ver láminas 8 y 9).

### *Toponimia indígena colonial con elementos hispánicos*

En tanto que en códices, como la *Matrícula de Tributos*, el *Mendoza*, la *Tira de la Peregrinación*, el *Azcatitlan*, los mapas de *Cuauhtinchan* y otros, prevalece la forma tradicional prehispánica, hay otros manuscritos en los que elementos de la antigua glífica se adaptan con propósitos distintos para representar realidades antes desconocidas en Mesoamérica. En tales casos aparece con frecuencia una acentuada tendencia hacia el fonetismo.

En este sentido es cierto que, a partir de la consumación de la Conquista, se dejó sentir un influjo sobre todo por parte de algunos frailes misioneros, que adaptaron grafemas de tradición prehispánica para representar fonéticamente conceptos, tanto de procedencia europea como de origen indígena. El investigador Joaquín Galarza se ha ocupado de modo especial de este género de escritura que tuvo múltiples aplicaciones en catecismos y diversos tipos de documentos. De los varios trabajos de Galarza citaré uno que precisamente versa sobre “Nombres de pila y nombres de lugar expresados por glifos nahuas y atributos cristianos”.<sup>8</sup> A dicho trabajo y a otros reunidos por Galarza en *Estudios de escritura indígena tradicional azteca-náhuatl* (1979), remitimos a los interesados en este género de topónimos que pueden describirse como cultural y lingüísticamente mestizos.

En ellos se llegó a veces a “inventar” nuevos “grafemas”, como los que representan objetos tales como llaves, cálices, espadas, coronas, aureolas de santos, mitras. Otras veces, en cambio, se otorgó a pictogramas ya existentes o a adaptaciones de los mismos un valor fonético “evocador” de una o varias sílabas, integrantes de vocablos castellanos.

<sup>8</sup> Joaquín Galarza, *Estudios de escritura indígena tradicional azteca-náhuatl*, México, Archivo General de la Nación, 1979, p. 51-83.

Con gran frecuencia en las nuevas “anotaciones glíficas” se fusionaron uno y otro de estos procedimientos. Citaré algunos ejemplos (ver lámina 10): una cruz sobre el glifo prehispánico de “piedra” (*tetl*) y un pequeño muro de árboles (*xámitl*). El conjunto glífico se leía como *tetl* (locativo ideográfico: “en”), *xam* (“san, santa”) cruz: “En Santa Cruz”. Una imagen de San Francisco acompañada de estos grafemas: *xam* (san), *pan-tli* (bandera), *cil-in* (“caracol pequeño”) y *cómitl* (“jarro”), elementos que, al recibir un valor fonético “evocan” el nombre de San Francisco: *xam pan-cil-co*. Un último ejemplo, este puramente de “evocación fonética”: un envoltorio fúnebre, *quimil-li*, atravesado por una flecha *mi-tl*: *mi-qui(l)*, “Miguel” que, teniendo como base el muro de adobes, *xam-*, resulta en *xam mi-qui(l)*.

Este género de grafemas toponímicos, cultural y lingüísticamente mestizos, vino a ser postrera manifestación en la larga secuencia mesoamericana, de aplicación de su escritura glífica al campo específico de la expresión de nombres de lugar. Pero en realidad el género de los grafemas toponímicos coloniales debe verse tan sólo como una parte en el conjunto de las innovaciones y adaptaciones de los antiguos glifos, introducidas por los frailes misioneros en el registro picto-grafémico que, a lo largo del siglo *xvi* y parte del *xvii*, adquirió considerable vigencia. De ello hay muchas muestras en catecismos como los llamados testerianos<sup>9</sup> y en otros documentos, algunos elaborados, sin intervención de los frailes, por los escribanos indígenas del periodo novohispano.

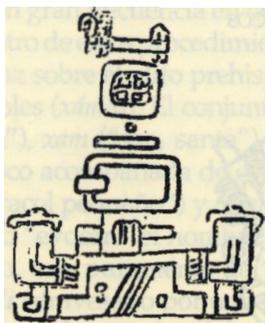
El hecho de que modernamente gran número de poblaciones haya rescatado sus antiguos glifos toponímicos, para incorporarlos a su escudo o emblema oficial, ha dado nueva vigencia a tan antigua manifestación cultural de Mesoamérica. De esta suerte cabe afirmar que la toponimia prehispánica de México y su representación glífica — muchas veces auténtica expresión artística — han perdurado en multitud de casos a través de siglos y aun milenios. En este punto —abierto a más amplias y hondas formas de investigación— nos hallamos frente a una tradición cultural cuyos orígenes se remontan por lo menos a la segunda mitad del primer milenio antes de Cristo. Es ésta una prueba más de que en México hay raíces de cultura que se hunden en estratos de un subsuelo cuya historia es de milenios.

<sup>9</sup> Véase, de John B. Glass, “A Census of Middle American Testerian Manuscripts”, *Handbook of Middle American Indians*, University of Texas Press, Austin, v. 14, 1975, p. 281-296; y de Miguel León-Portilla, *Un catecismo náhuatl en imágenes*, paleografía, traducción al castellano y notas de..., México, Edición Privada de Cartón y Papel de México, 1979.

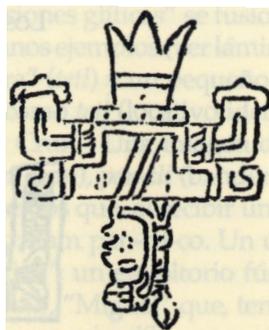
LOS GLIFOS TOPONÍMICOS



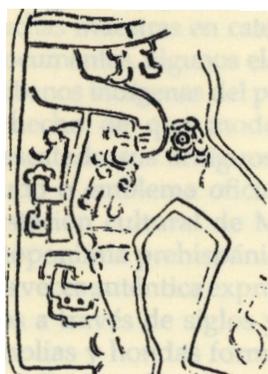
Cipactónal (con el glifo I-Ci-pactli) inventor mítico de la escritura. Bajo relieve en la llamada “Piedra de los Reyes” (Coatlán, Morelos).



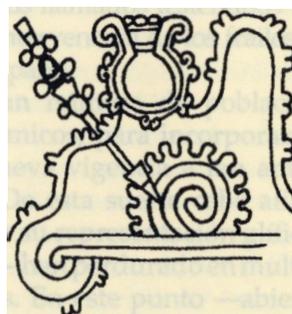
Glifo del cerro (elemento base) y sobre él dos signos no descifrados: encima el glifo del año 6-Turquesa, Probable "lectura": "En el cerro (lugar) (de...) del año 6-Turquesa" (montículo J, lápida 14, Monte Albán II, hacia 300 a. C., según Caso).



Glifo del cerro (elemento base) y sobre él un signo no descifrado (nombre del lugar). En la parte inferior: una cabeza hacia abajo (?representacion del señor del pueblo conquistado en ese lugar?) monticulo J, lápida 16, Monte Alban II, hacia 300 a. C., según Caso).



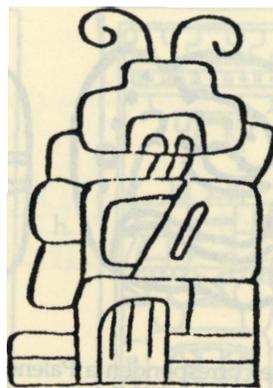
Fragmento de la estela 41 de "los danzantes", Monte Albán I (600-300 a. C.). Al costado izquierdo de la figura humana se mira lo que parece ser una parte del glifo del cerro. Sería ésta la representación locativa más antigua que se conoce en Mesoamérica.



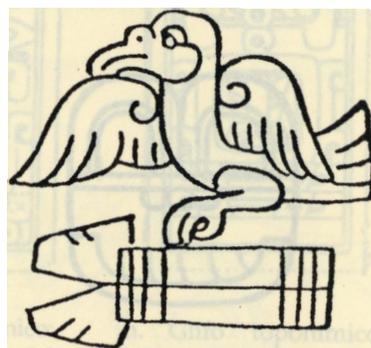
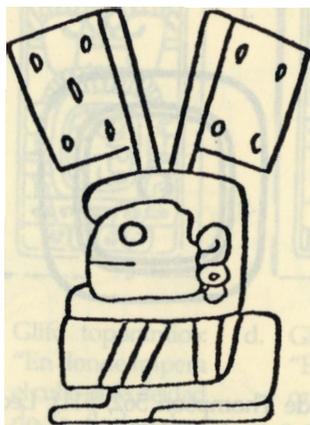
Ejemplo de perduración entre los mixtecos del glifo del cerro. En su interior una espiral. Arriba glifo de la luna: Yucu yoo, "Monte de la luna", pueblo en la Mixteca de la costa, conocido generalmente como "Santa María Acatepec". (Códice Colombiano, XIII-37).

### Lámina I

#### Los más antiguos glifos toponímicos de Mesoamérica



Glifos “Elemento base” con una mano, “lugar donde aconteció o se produce tal o cual cosa...”. Sobre la “base” glifos ideográficos no descifrados.

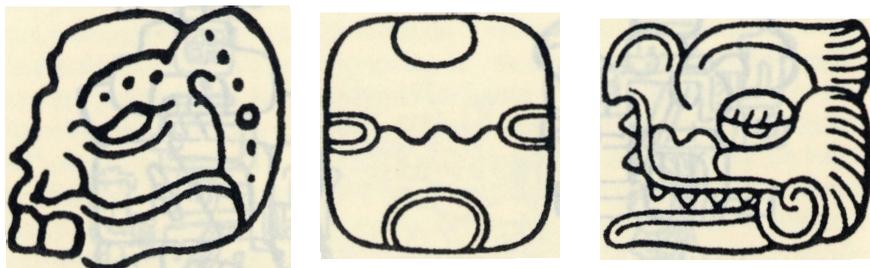


Sobre elemento locativo-base un rostro con dos banderas.

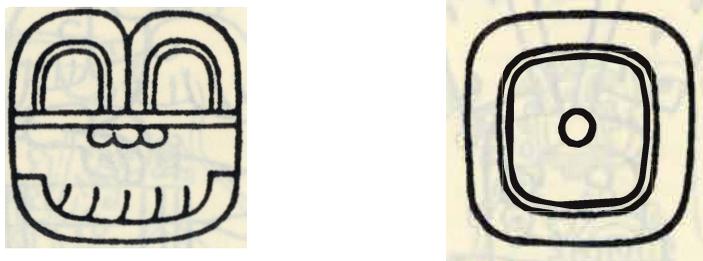
“Lugar de aves sobre las flechas atadas”  
Fuente: Alfonso Caso (1946, figs. 63-64).

### Lámina II

Otros glifos toponímicos en el montículo J, Monte Albán II ( 300-100 a. C.)



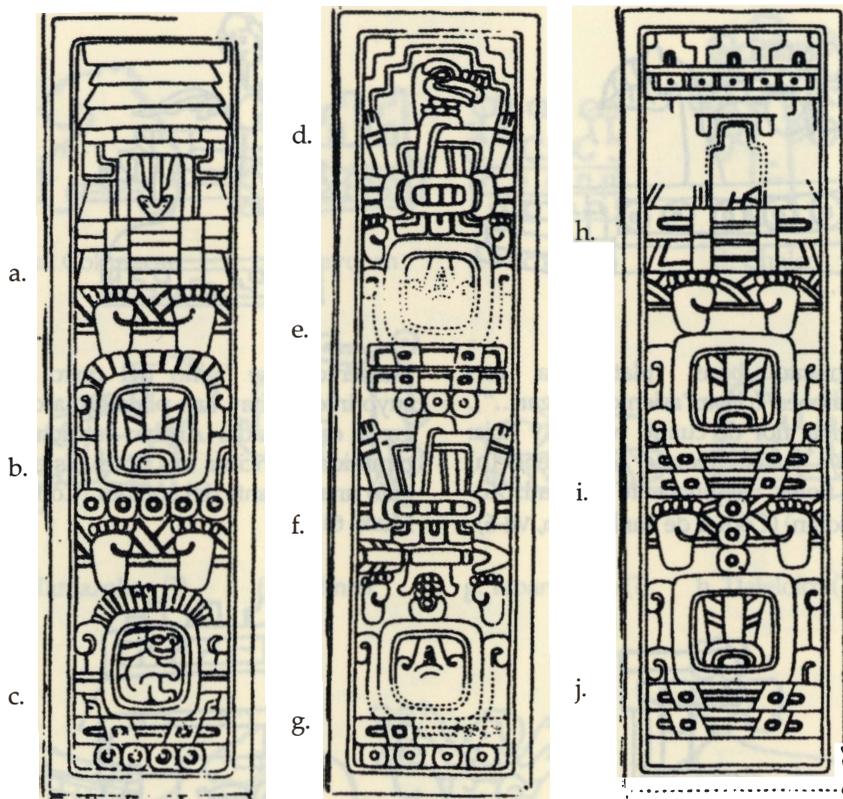
Los que corresponden a Palenque (Catálogo de Thompson 1040, 570, 793 a. C.). Lectura propuesta por Barthel, (1968, 174-176): *baac*, "hueso", *tzec*, "cráneo", *xic*, "gavilán" (ave que acarrea la muerte (?). Orientación cósmica hacia el inframundo.



Los que corresponden a Yaxchilán (Catálogo de Thompson 562, 511). Lectura propuesta por Barthel (1968, 177-179): *caan*, "cielo", *muluc (toh)* "signo del noveno día, disco de jade". "cielo precioso", "agua preciosa que proviene del cielo" (?). Orientación cósmica hacia los pisos celestes.

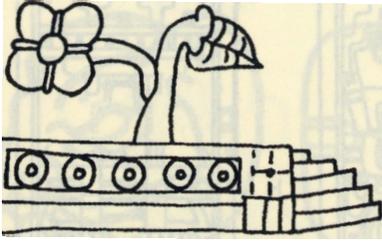
### Lámina III

#### Glifos "emblema" de centros mayas clásicos

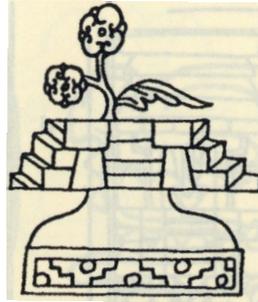


- |  |  |   |
|--|--|---|
| <p>a. Glifo toponímico: "En donde impera el culto de la deidad de la flecha descendente".</p> <p>b. Glifo toponímico: "En donde impera el culto de la deidad 5-Caña".</p> <p>c. Fecha: 9-Conejo.</p> | <p>d. Glifo toponímico: "En el lugar del <i>cozcacuauhtli</i>".</p> <p>e. Fecha: 13-(?).</p> <p>f. Glifo toponímico: no descifrado.</p> <p>g. Fecha: 9-Pedernal.</p> | <p>h. Glifo toponímico: "En donde impera...(?)".</p> <p>i. Glifo toponímico "En donde impera el culto a la deidad 13-Caña".</p> <p>j. Fecha: 10-Caña. (Dibujo de las estelas según César A. Sáenz).</p> |
|--|--|---|

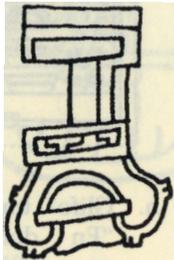
Lámina IV  
Lado posterior de las estelas 1, 2 y 3 de Xochicalco



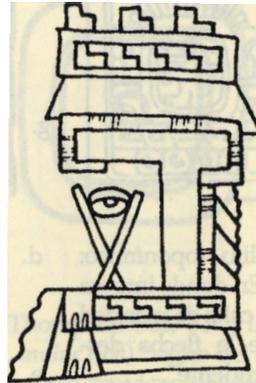
Elemento base “plataforma con escalones” (*chiyo*: “asiento de lugar...”). Arriba: flor de cuatro pétalos y hoja: *Chiyo yuhu*: “Donde se extiende(n) las flores” (equivalente náhuatl: Xochitlán) (Códice de Yanhuitlán, VII-6).



Elemento base “glifo del cerro en cuyo interior hay una plataforma con greca escalonada. Arriba: estructura piramidal y encima tres flores. Es este glifo una variante del anterior (Códice Muro, 6).

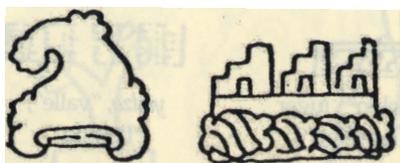


Glifo del cerro y sobre él una casa: *Ytno tnono* o en náhuatl: Chichahuaxtla (Códice Sánchez Solís, 20).



Elemento base “plataforma con escalones” (*chiyo*: “asiento de casa”). Arriba: una casa “observatorio”: *Ndiñu*, “Lugar de buena vista” o en náhuatl: Tlachiaco: “Lugar donde se observa” (Códice Selden 14-1).

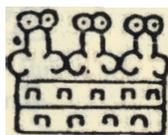
## Lámina V Toponimia mixteca



a. Colhuacan



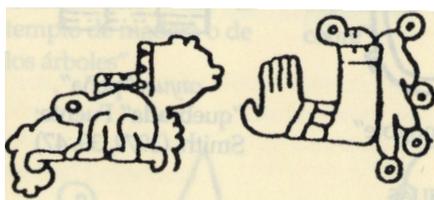
b. Tenayocan



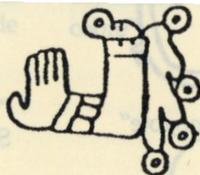
c. Xochimilco



d. Chalco



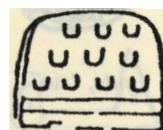
e. Tamazollan (?)



f. Acolman



g. Tepanoayan (?)



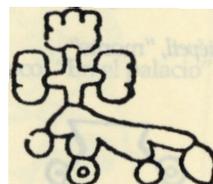
h. Tlatelolco (?)



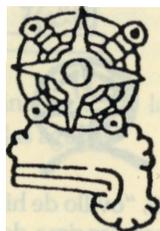
i. Matlatzinco

j. Tochpan

k. Ahuilizapan



i. Huexotla (?)



m. Teotitlán (?)



n. Poctlan (?)



o. Cuetlaxtlan

Lámina VI

Topónimos en la "Piedra de Tizoc"

(Ver: Orozco y Berra, 1877, 3-39; dibujo de glifos según Dibble, 1971, 327)

OBRAS DE MIGUEL LEÓN-PORTILLA

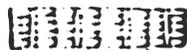


*yucu*, "cerro"

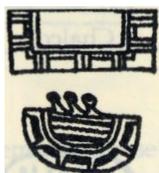
MIXTECOS



*ñuu*, "pueblo", lugar  
donde hay algo"



*yodzo*, "valle";  
"llanura"



*yuta*, "rio"



*culte*, "mogote"

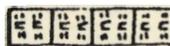


*cayua*, "peña",  
"quebrada" Fuente:  
Smith, (1972, 39, 47)

NAHUAS



*tépetl*, "monte"



*tlalli*, "tierra"



*atoyatl*, "rio"



*comitl*, "jarro",  
(*co*-: "en", glifo fonético)



*tzinco*, "en lugar pequeño,  
estimable" (glifo fonético)



*tlantli*, "dientes",  
(*-tla*, "en", glifo fonético)



*pantu*, "bandera" (*-pan*,  
"sobre" glifo fonético)



*manli*, "mano" (*-man*,  
"en", glifo fonético)



*icpatl*, "ovillo de hilo".  
(*-icpac*, "encima de", glifo  
fonético). Fuente: León-  
Portilla, 1981, 63-65)

Lámina VII  
Glifos locativos mixtecos y nahuas



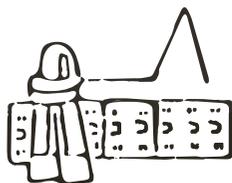
Cuauhtetelco "En el templo de madera o de los árboles"



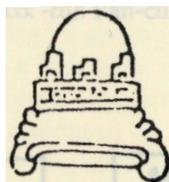
Tepoztlan, "Donde hay cobre"



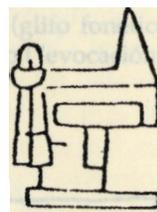
Tenantzinco, "En el pequeña lugar amurallado"



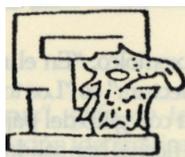
Tecmilco, "En las sembreras reales"



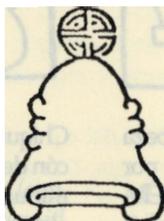
Tenayocan, "En el lugar amurallado"



Tecalco, "En el palacio"



Cuauhtinchan, "En la casa de las águilas"

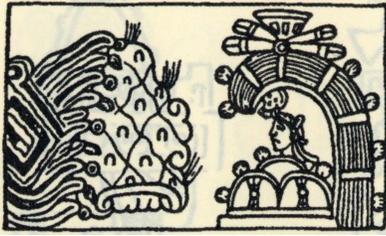


Tepeticpac, "Encima del monte"

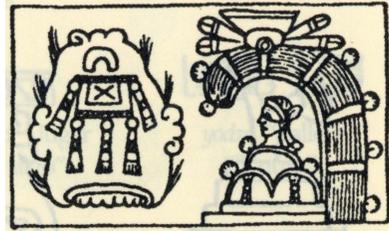


Tlamacazapan, "En el agua del sacerdote o sagrada"

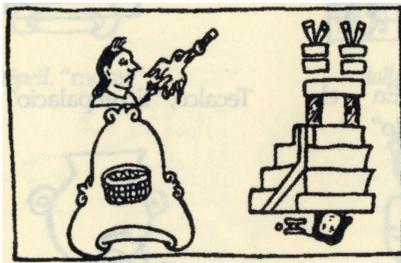
Lámina VIII  
Topónimos mexicas



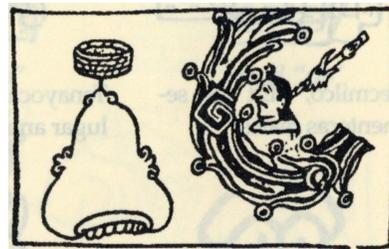
El señor Tzontecómatl en Chiuhnahuatóyac, "En el lugar de las nueve corrientes de agua".



El señor Moquihuíx en Xiquipilco, "En el lugar de la balsa ritual".



Arriba del *tépetl* (cerro: locativo) cabeza con glifo de un pájaro atravesado por una flecha: los totomihuaqueh en Chiquiuhatépec, "En el cerro del canasto", engrandecen el templo.



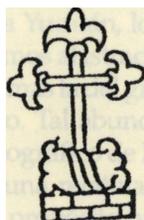
Chiquiuhatépec y Axomolco, "En el rincón del agua". La "lectura" es "Los totomihuaqueh (cabeza con glifo del pájaro atravesado por una flecha) han salido de Chiquiuhatépec y están en Axomolco.

### Lámina IX

#### Topónimos nahuas en el manuscrito poblano de Cuauhtinchan (*Historia Tolteca-chichimeca*)



Busto de un fraile; abajo: *xam-itl*, “adobe”, (glifo fonético, *xam-*, “san”); arriba: *pan-tli*, “bandera” (glifo fonético: *pan-*), *cil-in*, “camaroncillo” (glifo fonético *cil-*), *com-itl*, “jarro” (glifo fonético: *-co*): Pan-cil-co, Xam Pancilco (“evocación” de San Francisco).



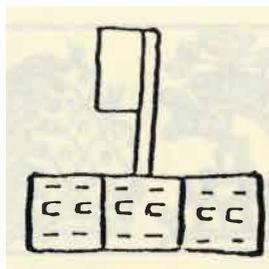
“Cruz”, glifo de *tetl*, “piedra”, (connotación ideográfica locativa) y *xam-itl*, “Adobe” (glifo fonético, *xam-*, “san”): “En *xam* (san-ta) Cruz”.



*Mi-tl*, “flecha” (glifo fonético *mi-*), *qui-mil-li*; “envoltorio fúnebre”, (glifo fonético, *qui* (l), Miquil (Miguel), abajo: *xam-itl*, “adobe” (glifo fonético *xam-*): Xam Miquil, “San Miguel”, Fuente: Galarza, 1979, 44, 75, 78).

### Lámina X Topónimos hispano-indígenas

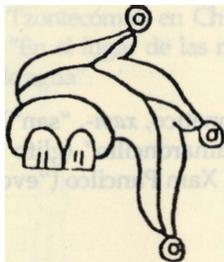
a''



Glifo compuesto para expresar el nombre de Milpa Alta:

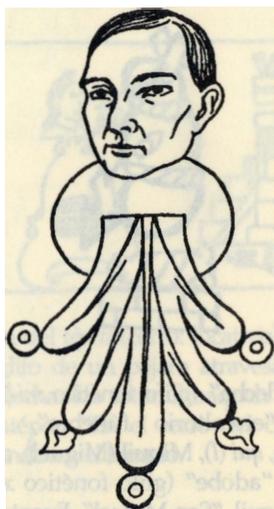
a'. abajo: *mil-li*, sementera "milpa" (valor fonético: *mil-*); arriba: *pan-tli*, "bandera" (valor fonético: *pa*): milpa.

a'



a'. Elemento superior *a-tl*, "agua" (valor fonético: *al-*); abajo: *tlan-tli*, "dientes" (valor fonético: *-tlan* y también *-ta*), *al-ta*.

El conjunto se lee como Milpa Alta (D. F.).



Glifo del agua que mana: *a-tl* (valor fonético: *al-*); *molyan*, "donde mana": "Donde mana o brota el agua", acompañado de un rostro de Juárez, "Almoloya de Juárez", Estado de México.

### Lámina XI

Glifos toponímicos diseñados en tiempos modernos,  
empleando elementos indígenas